



COMUNIDADES, RELIGIÓN Y ESPIRITUALIDAD

Entrevistador: Francisco Letelier Troncoso¹⁴

*Entrevistados: Guido Gossens¹⁵, Marcelo Correa Schnake¹⁶,
Paz GobindeRavi¹⁷ y Víctor Fernández González¹⁸*

Para intelectuales tan diversos como Carl Jung, Edgar Morin, Hans Joas y Margaret Archer, entre muchos otros, la espiritualidad y lo religioso son parte de lo que constituye lo humano, y como tal, no puede desconocerse su papel en la historia, en el presente y en el futuro de la humanidad. Tal vez es esta la razón de que la sociedad moderna, racional y científica, no produjera –como algunos esperaban– su desaparición. Esta permanencia, que es también revalorización, tiene caras diversas. Por un lado, están los fundamentalismos y los conservadurismos, que intentan hacer de lo religioso el eje organizador de toda la vida social. También está el individualismo-hedonismo presente en algunas versiones de las nuevas espiritualidades, que produce una especie de “escapismo de lo social”. Pero también, en el contexto de las críticas y discusiones sobre el post desarrollo, especialmente desde América Latina, se ha considerado el valor de la espiritualidad en los procesos de transformación social y de búsqueda de alternativas a la crisis civilizatoria o de los modos de vida actuales que promueve el capitalismo. En este contexto, conversemos sobre tres preguntas ¿Qué entendemos por espiritualidad? ¿Cuál es el lugar de la dimensión espiritual en la sociedad actual? ¿En qué medida la espiritualidad puede contribuir a la transformación social y civilizatoria?

14 Académico de la Escuela de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica del Maule. Investigador del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT).

15 Diacono, sociólogo, teólogo, hijo ilustre de Talca. Obtuvo la nacionalidad chilena por gracia en 2016, trabaja en la pastoral carcelaria, y es un luchador incansable por los derechos humanos.

16 Doctor en Teología, Académico de la Facultad de Ciencias Religiosas y Filosóficas de la UCM, especialista en bioética.

17 Madre de tres, abuela de uno, doula terapeuta, diplomada en Ayurveda, profesora de kundalini yoga, locutora de Radio Primavera, directora de Langar Talca.

18 Sociólogo, doctor en Estudios Americanos, estudia las comunidades evangélicas y ha participado en ellas; actualmente trabaja en el programa de intervención comunitaria de la Universidad de Las Américas.

MARCELO: “Espiritualidad” es un concepto que se ha debatido bastante y se ha ampliado. Inicialmente –no muchos años atrás— lo entendíamos como sinónimo de religión, sin embargo, en estos últimos años ha llegado a expresar las distintas manifestaciones del encuentro con el significado de la vida, con el sentido, lo trascendente. De este modo, hoy estamos ante un concepto que nos permite abarcar una amplia gama de comprensiones en relación a estas experiencias, que va desde el encuentro personal con una realidad distinta a nosotros –como un Dios— a la comprensión del sentido de la existencia que tiene fundamento en una conciencia libre.

PAZ: El ser humano tiene muchas dimensiones. La que más conocemos es la dimensión material (nuestro cuerpo, nuestra existencia), pero también hay una dimensión espiritual, que abarca el desarrollo del sentir, del pensamiento y de la conciencia del ser humano. Esta dimensión espiritual está incluso reconocida en la Constitución, pero pasa lo que decía Marcelo –ahí estoy muy de acuerdo— que se tiende a reducir la espiritualidad a la simple práctica de alguna religión, y esto ha sido así por miles de años. Creo que las religiones tenían una buena intención: enseñar o difundir herramientas para nuestra realización espiritual, una intención que se fue desvirtuando con el tiempo. Pero ahora, el mundo ha entrado en una conciencia nueva y ha creado un patrón de pensamiento distinto, en el cual, antes de simplemente dar por hecho lo que escuchamos, descubrimos que tenemos la capacidad para discernir que la espiritualidad es un camino personal y que tiene que ver con nuestra historia particular, con nuestros orígenes. Es en este camino donde descubrimos que la religión no es el único mecanismo para alcanzar la realización espiritual, que hay muchas herramientas que están a nuestro servicio.

VÍCTOR: No sé si puedo hablar en nombre de la sociología, sin duda no puedo, pero como para ponerle un sabor más sociológico, diría que la espiritualidad es el fenómeno religioso desanclado o desacoplado de la institución de la Iglesia. Ahora, esa tensión entre el fenómeno de lo religioso –o del encuentro con lo sagrado— y la institución que lo trata de contener, es bastante antigua. Hace poco estaba leyendo una frase del teólogo protestante Karl Barth, que cita Phillip Yancey en su libro “El Jesús que nunca conocí”: “Jesús confiesa su divinidad, su condición de mesías públicamente en el momento de la más absoluta derrota (...), confesó su divinidad cuando ya había pasado el peligro de que pudiera fundar una iglesia”. Es muy divertida esa frase. En la sociología, este concepto del desanclaje de la institución es más antiguo de lo que uno piensa. Luckmann hablaba de la religión invisible, de la privatización de la religión, que cada cierto tiempo vuelve bajo una forma de novedad, como las nuevas espiritualidades. Pero es un fenómeno que se repite cada cierto tiempo, porque el tema está en que las instituciones tienden también a sobrevivir o a revivir, sobre todo si uno las entiende como una forma menos ligada a lo organizacional y más vinculada a la práctica que perdura en el tiempo. Entonces, estas prácticas espirituales, que en un momento se desanclan o buscan desanclarse de la institución, vuelven a institucionalizarse de forma más débil.

¿Pero no es la espiritualidad un resabio pre moderno?

VÍCTOR: En la discusión sobre la modernidad se entendía así. Cuando yo estudié el tema pentecostal aparecía como una especie de rémora que iba a quedar. Los fundadores de la República la llamaban así y no, no pasó. La religión o la espiritualidad podría decir lo que decía Mark Twain: los rumores sobre mi muerte han sido grandemente exagerados.

GUIDO: La espiritualidad es la motivación más profunda que uno puede tener para asumir la vida. Es algo que colorea todo tu ser y quehacer. Tiene que ver con una toma de conciencia y una experiencia de que hay un gran “misterio” que nos envuelve. Siempre me han hecho mucho sentido estas palabras de San Pablo en su discurso a los griegos en Atenas: “el Dios que hizo cielo y tierra y todo lo que hay en él no está lejos de ninguno de nosotros, ya que en Él vivimos y nos movemos y existimos. Como dijeron algunos poetas de ustedes somos de la raza del mismo Dios” (Hechos 17,24.28). Y es algo que atraviesa toda la historia de la humanidad, esa necesidad que tiene el ser humano de sentirse con un valor absoluto o esa experiencia que nos hace estar unidos a un “todo” más trascendente de lo que es la fugacidad de la vida y la precariedad de la existencia cotidiana. Entonces, para mí, la espiritualidad tiene que ver con esa apertura al “misterio” que me rodea y me habita; es descubrir que la vida es un don que recibimos, pero a la vez incluye una tarea, un llamado para ir superándonos personalmente, crecer, y para comprometernos con el crecimiento de otros, como persona y como comunidad.

Me vine de Europa a Chile porque aquí en América Latina, entre los años 60 y 70, la Iglesia y los cristianos estaban manifestando masivamente una nueva espiritualidad, un nuevo modo de seguir a Jesús: caminar y comprometerse con el pueblo pobre y su liberación. La fidelidad al Evangelio implicaba luchar como Jesús por el Reino. Esta visión surgió en el contacto con el momento histórico que atravesaban los pueblos latinoamericanos y por un descubrimiento más nítido y profundo del Jesús histórico –verdadero hombre—, ubicando su praxis y enseñanza en el contexto socio-político, económico y religioso de su tiempo. Lo central ya no giraba en torno a la devoción, por ejemplo, al Sagrado Corazón, que presentaba a un Jesús a-histórico, más etéreo, invitando a una relación más intimista o individualista. Esta nueva espiritualidad estaba conectada con el Jesús que “se la jugó” por los demás, que cuestionó radicalmente el templo, la ley de Moisés y sus representantes oficiales y se centró completamente en la atención al prójimo, especialmente al desvalido, al pecador, al enfermo, al excluido y menospreciado. Muchos, en el viejo continente, quedamos impresionados por este movimiento de cristianos que se comprometieron con la transformación de las situaciones de injusticia en América Latina. Quise conocer más de cerca ese movimiento e interiorizarme de esa espiritualidad que se generó en este continente y perdura hasta hoy, a pesar de los contratiempos.

Esta referencia a un hecho de mi historia personal puede servir para destacar que lo espiritual no es algo que nos aparta de la realidad material, corporal y terrenal, como se encuentra en los filósofos griegos. Para los hebreos y los judíos el “Ruaj” (Espíritu, Soplo) es la vida en todas sus dimensiones y el pecado es la muerte, la no-vida. Espiritual es todo lo que aporta a crear o desarrollar vida verdadera. La vida, según el Espíritu, humaniza. Recordándome de una formulación

del papa Pablo VI en su carta "Sobre el desarrollo de los pueblos" (N° 20-21), se puede decir que todo lo que contribuye a crear condiciones de vida más humanas, es vida según el Espíritu y todo lo que deteriora lo humano en nosotros y entre nosotros es no-vida, es el anti-reino.

Hay algunos autores que dicen que las nuevas espiritualidades, menos institucionalizadas, tienden en algunos casos a ser muy individualistas e incluso algunos dicen que se transforma en una espiritualidad de mercado. Paz, ¿cuál es tu experiencia con esto en el ámbito en el que tú te desenvuelves?

PAZ: Creo que la corriente de pensamiento más individualista era más bien de la era pasada, una tendencia a desconectarnos del "ser infinito", que es parte del todo, del universo, de la naturaleza. Si pensamos en nosotros como seres mamíferos, entonces somos parte del universo, tenemos sus elementos dentro de nosotros, en nuestro cuerpo material. Cuando uno constata esta integración de la mente, el alma y el espíritu con el cuerpo físico, entiende que lo humano conlleva esa conciencia; es la conciencia individual, desde mi punto de vista y desde el kundalini yoga. Quiero seguir, además, los pasos de Guido y aludir una breve cita que explica esto mejor de lo que lo explicaría yo. Es un capítulo de Humanología, un libro de maestros. Yo soy profesora de kundalini yoga y hablamos de esta integración, en la práctica viva. Lacita dice que hay que cuidar de la faceta espiritual de tu vida al unirse con otros para experimentar y elevar tu ser, el grupo y el universo. Cuando una persona no tiene y no desarrolla la fuerza de la conciencia individual hacia la conciencia grupal, no puede lograr la experiencia final de la Conciencia Universal. Siempre existirán barreras. Falta de conocimiento, falta de un maestro, ego, miedo y karma; todas son barreras. Estas barreras mantienen a una persona limitada. El desarrollo de la conciencia grupal hacia la experiencia del Infinito es el puente a la Conciencia Universal. Esto libera al ser ilimitado y satisface el anhelo espiritual.

Esto, aterrizándolo a un ejemplo práctico, es cuando mi conciencia individual se despierta y dejo de sentirme un individuo separado del todo. Luego, empiezo a sentir que también hay cosas que insultan mi alma y la de otros; o que quiero ser un aporte en algún grupo, y me uno con otros para experimentarme, para conversar, para compartir, para practicar, por ejemplo, yoga. El yoga es eso: es la integración de todos los principios del ser humano, y por eso, creo que es replicable en cualquier parte del mundo, cultura, clima, lugar, en cualquier idiosincrasia. Es aplicable porque nos une con ese ser infinito que somos y lo pone al servicio de otros.

¿Cómo dialogan estas espiritualidades con los problemas de la sociedad? Por ejemplo, con las injusticias.

PAZ: Hay corrientes de pensamientos y prácticas, más bien del tipo *New Age*, que desanclan esta correlación de las cosas e incluso, en algún momento, culpaban al individuo de no poder tener los privilegios que tienen otros, ligándolos a una desconexión, una falta de energía, un desequilibrio; como si el individuo tuviese la culpa, sin reconocer, por ejemplo, la desigualdad social que

se ha visto en esta pandemia. ¿Cómo podríamos desapegarnos y no llevar la espiritualidad a las personas, si es donde vivimos? Yo, los practicantes, la gente que tiene esta conciencia social, queremos hacer algo, y ese hacer va desde acciones individuales hasta acciones grupales, es decir, va en conexión con los dolores del resto: dejo de velar por mí mismo y me pongo al servicio de los demás y el colectivo, del territorio en el que estoy, del barrio, etc. Si tú crees tener una conciencia activa, una espiritualidad desarrollada y quieres que tenga un efecto real, hay que tomar acción, y puedes elegir el escenario en el que se hace esa acción. Se puede partir desde uno mismo, luego en el entorno, el hogar, y después ves cuánto la quiere expandir. Pero, claramente, hay que expandirla; yo no puedo ver al prójimo y quedarme sólo con eso, con la ilusión de ser solidario, de que me duele algo que pasa en la sociedad: si no hago nada, estoy dentro de la desconexión de la que hablábamos.

Marcelo, uno tiende a pensar que los católicos están más llamados a construir comunidad. ¿La espiritualidad católica invita a las personas a vivir una espiritualidad relacional conectada con el entorno más allá de ellos?

MARCELO: Se comprende lo que es esta vida íntima de encuentro con Dios solo con los otros. Es imposible el encuentro con Dios si no es a través y con otras personas, de hecho, la fe –Pablo nos dice— llega por la palabra que otros anuncian, tanto Dios, como un ser humano o la naturaleza. El otro no es secundario, no es alguien que viene a alegrar o a complementar, es central. Las palabras de Jesús en eso son muy claras: cuando dos o tres están reunidos en mi nombre, ahí estoy yo. En los más pequeños, los más débiles y vulnerables es donde vas a encontrar con más claridad el rostro de Dios. Esto tiene también un sustento antropológico, no es solo una cuestión de manifestación de verdades religiosas, ya que no podemos desarrollarnos como seres humanos si no hay otros que están con nosotros, que se relacionan para que existamos, que se vinculan para cuidarnos y sostenernos, para entregarnos un apego seguro cuando somos niños, para desarrollar una conciencia que sea libre, etc. Necesitamos de los otros y los otros necesitan de uno, es decir, no es solo que seamos carentes, que se nos entregue algo para ser, sino que nosotros requerimos dar también de lo que somos. Una espiritualidad individualista –como hacía mención Guido hace un momento— se vio con mucha fuerza en el siglo XIX, con la preocupación por la salvación individual. Incluso en la teología, lo que vemos es que nadie recibe el don de la fe para que se salve, lo recibe para anunciar esa fe, para compartirla, para enviarla a otros. En ese sentido, Dios no escoge a este para salvarlo porque es bueno o porque es privilegiado, sino que representa un emisario o un puente para que se puedan encontrar, a través de él, Dios con los demás. El concepto clave en teología católica es el concepto de encuentro.

Este conversatorio se sustenta en la idea de que es necesaria una transformación en las propias ciencias sociales para mirar lo espiritual. No podemos solo asumir que lo espiritual es un resabio pre-racional, mágico, o solo un equivalente funcional para la cohesión o la reproducción de las normas, etc. En este sentido, hoy día algunos hablan del giro ontológico, es decir, de la necesidad de preguntarse no solamente qué es lo que podemos

conocer, sino también qué es lo que hay allí afuera por conocer. Entonces, Víctor, ¿cómo se vive? ¿Cómo se piensa? ¿Cómo se siente esto de estar en las ciencias sociales, de ser sociólogo, de tener que hacer investigación académica y además practicar una fe?

VÍCTOR: Es bien entretenido, es muy divertido. Creo que hay una cuestión que podría llamar como el problema de la frontera –para darle un nombre— y es que uno piensa en oposiciones como pensaban los griegos: arriba-abajo, adentro-afuera, etc. y la sociología se funda en esa oposición, porque es la matriz de pensamiento moderna del siglo XIX, que nace haciendo una escisión en la realidad. Charles Tilly dice que la forma de pensar del siglo XIX pesa sobre nosotros como una pesadilla y hay que escaparse de ella. Creo que conceptos como el de espiritualidad intentan –a mi juicio— salvar un poco esa disyuntiva, no verla como un dilema, como un tema de oposición ontológica a raja tabla sobre la cual no hay nada que hacer: hay conceptos que te permiten salvar eso. En la sociología, y en particular en la sociología latinoamericana, hay conceptos que sirven para salvar esa distancia, esta oposición entre la razón y la fe, entre el pensar y el hacer. Tenemos a gente como Fals Borda, que propone el “sentipensar”, y un amigo mío –quien estuvo haciendo una arqueología— me decía que eso surgió de la conversación de Fals Borda con el sacerdote y guerrillero Camilo Torres.

Si tú quieres que ponga una cuestión más biográfica en la mesa, yo justamente llegué a la sociología por inquietudes sociales y ambientales, y habiendo decidido ese camino tuve un “encontrazo” con Dios. Hubo un momento en donde yo intento salvar eso que entendía como una distancia, hasta que me di cuenta que no existía esa oposición y que había cuestiones que dialogaban, otras que se contradecían, porque uno no entiende todo y va caminado; pero al explorar en los orígenes de la sociología hay mucha reflexión sobre lo religioso, sobre estas cuestiones más bien espirituales, hay sociólogos que han vivido su fe sin mayor problema. El problema se disuelve un poco cuando uno deja de pensar es esas oposiciones y, en mi caso personal, el encuentro posterior con las metodologías participativas –que tienen un fundamento epistemológico— también ayudó en ese camino. Pero, cada cierto rato, uno retrocede y se encasilla en esos dilemas y no tendría por qué ser así. El mismo fundamento cristiano –en mi caso— resalta esa oposición, el Evangelio se funda en dos principios que los griegos veían opuestos (el espíritu y la materia) y te dice que el verbo, el logos –aquello que estaba arriba- se hizo carne. Jesús resucita con un cuerpo y después se va a comer pescado con los discípulos, entonces, esa oposición de pronto es menos real de lo que uno piensa.

MARCELO: Lo que señala Víctor, sobre el dualismo en que se ha fundado el pensar occidental, ha atrapado de alguna manera la espiritualidad en conceptos muy limitantes y que impiden su desarrollo en formas más armónicas. Pero lo relacional es lo que prima en el cristianismo. Justamente, la acción de Jesús es hacer ver en el mundo judío esas incoherencias de su tiempo, mostrando que hay un vínculo mucho mayor de la voluntad de Dios. ¿Por qué todas esas normas que tenían? Era para cumplir y asegurar esa voluntad de Dios: quienes la cumplieran, por lo tanto, se salvaban. Pero se perdía lo esencial, el espíritu de esa norma, esa acción consciente

y libre con los más desposeídos, con la justicia, con la verdad, que es lo que padece Cristo en última instancia. Él sufre todas esas consecuencias, y ahí muestra que lo relacional es lo central y no estas distinciones que, si bien pueden ayudar en ciertas comprensiones, no fundamentan el encuentro entre las personas, consigo mismo y con la divinidad.

PAZ: En la era pasada había un desarraigo de esta comprensión: que todo es un flujo, es decir, venimos a la vida y la muerte no es antagonista de la vida, que no está el bien y el mal, no es el cielo y el infierno. Astrológicamente, la dualidad era una de las características de la era de Piscis: el materialismo, la competencia, los extremos, la polaridad, la desconexión del ser humano desde su ser. Ahora estamos en la era de Acuario, que es la era nueva, donde se han debilitado las estructuras y las historias que conocíamos como una única verdad. Hay pueblos originarios que tienen una cosmovisión bastante clara de esto que estamos hablando; por ejemplo, nuestro pueblo Mapuche tiene una intuición y una cosmovisión que han sabido mantener a lo largo de los años: ellos son parte de la naturaleza, el nacimiento es un proceso, un flujo divino, se protege a los niños, a la tierra; hay una materialización del ser espiritual, en todas sus dimensiones, no sólo de manera ritual, no sólo en algunas acciones concretas, sino que es vivir de esa manera, vivir como un todo.

En otras corrientes de pensamiento, están los trece puntos del buen vivir, y creo que todo esto nos lleva más o menos a lo mismo: hay un paradigma nuevo que se instaló, que está creciendo, que se está abriendo y está creando un nuevo mundo. En este nuevo paradigma, la sanación, la vida política, la vida social, los dolores de la sociedad, todo es parte de algo que no se puede disgregar, de nuestra existencia como seres humanos.

GUIDO: Necesitamos un enfoque más integral. En esta dirección hay un joven teólogo, Pedro Pablo Achonado, con una propuesta bastante novedosa. Él habla de una iglesia híbrida, que da lugar a todo tipo de espiritualidades, donde hay un lugar para toda la lucha por el medio-ambiente —¿qué vamos a hacer en dos generaciones más, si no hay vida?—, donde también se integran la acción feminista, las nuevas formas de tecnología, etc. La pregunta es: ¿cómo estar abierto a todos los fenómenos que van apareciendo en la actualidad?

MARCELO: Estamos en un tiempo muy crucial para la humanidad y no sólo por esto de la pandemia: vamos tomando conciencia, como sociedad, que tenemos un sistema tremendamente abusador y opresor, y no extraña que la Iglesia esté entrampada en este abuso de poder, de conciencia, sexual. Desde un punto de vista creyente, es un tiempo especial que se le denomina “Kairós” y esto tiene que pasar para que podamos madurar, crecer y no quedarnos pegados en estructuras, que pudiesen haber ayudado en su momento, pero que ahora ahogan la espiritualidad. Se necesita creatividad, apertura y valentía para hacer, por ejemplo, lo que hacen Guido y Paz: buscar, preguntarse. No tenemos por qué quedarnos con lo de siempre, ser sociólogo y creyente a la vez es tremendamente relevante hoy en día y ojalá lo tomemos en serio y podamos caminar en eso.

PAZ: Cuando uno tiene un guía, maestro, o alguien que te está apoyando en esto, puede constatar esa dimensión espiritual y sentir eso que decían las antiguas escrituras: que el reino de los cielos estás dentro tuyo y en todas partes. Entonces, siempre hay algo por lo que agradecer, siempre hay algo que nos hace vivir más conectados con el presente, porque la espiritualidad va muy de la mano con la conciencia, y la conciencia es poder constatarlos aquí, en el presente. Poder respirar ya es un milagro cada día –no sólo en pandemia, siempre—, entonces, esa conexión es importante encausarla. Generar estos espacios de conversación es buenísimo.

VÍCTOR: Los procesos de transformación son también espirituales, pero hay que tener cuidado de no pensarlos solamente desde ese código espiritual, porque a nadie tampoco se le oculta que dentro de esto hay formas que son autoritarias y opresivas, que terminan reproduciendo estructuras de injusticia, aliándose más con el poder que con los oprimidos. Por lo tanto, si uno entiende que los procesos de transformación son espirituales, pero no solamente espirituales, entonces, implican una especie de espiritualidad de la humildad: que entiende que no tiene todas las respuestas, que tiene que dialogar con otros, que el espacio público es otro distinto al eclesial y tiene que saber hacer ese tránsito. Pienso que uno de los grandes problemas que uno observa cuando estudia, por ejemplo, los movimientos evangélicos o fundamentalistas, tiene que ver con eso, con confundir esos planos. Entonces creo que la invitación es –habiendo conversado esto— ponerlo en diálogo con otras formas para aportar a los procesos de transformación y siento que hoy en Chile estamos en un momento crucial. Entonces la invitación siempre es a meterse, a implicarse, a pensar, aprender, equivocarse, etc.